

Nueva York 18 de agosto de 1958.

Querido Ferrater:

Ya veo, ya veo la buena, activa y nutritiva vida (nutritiva para el cuerpo y, sobre todo, para el espíritu) que os habeis proporcionado, mientras nosotros, sedentarios, aumentábamos las capacidades idiomáticas de este segundo Imperio romano y nos conformábamos con las insípidas vituallas del college, sólo compensadas, ay, con los placeres visuales que el paisaje proporciona. En fin, aquí estamos de nuevo, y dentro de pocos días en New Brunswick, muy dispuestos a hacer efectivos los frecuentes encuentros que en el año próximo inmortalizarán a los estafios vecinos de Philadelphia (metí la pata: Pennsylvania) y New Jersey.

Durante esa temporadita frecuenté, aparte otros menos transitables, al joven Marichal, cuya bondad es tan exagerada como sus entusiasmos, y quizás tienen igual raíz; así como a su sucesor en Bryn Mawr, González Muela, que me resultó persona muy agradable, sensata y discreta.

La noticia de que un ejemplar de tu Diccionario está destinado a este humilde admirador, me ha alegrado mucho. Por cierto que, en el breve rato de nuestro encuentro último, no me acordé de contarte una divertida historia de plagio frustrado en Buenos Aires, del que ibas a ser víctima, y que tuvo cola judicial. Te la contaré cuando nos veamos, si me lo recuerdas y para entonces no se han desvanecido los detalles en mi flaca memoria.

Aun no tenemos casa en New Brunswick, ni menos, claro está, número de teléfono. La dirección es (apunta): Rutgers University, Romance Languages, 66 College Ave. Para cuando regreséis, ya habrán comenzado las clases de este pobre esclavo; pero avísame, porque a lo mejor puedo ir a la estación para agitar mi pañuelo al paso de vuestro tren.

Y entre transtro, abrazos, saludos



3-IX-58.